



»paña, os tengan sujecion y obediencia de aquí adelante, como á su primado, y á vuestros sucesores; y la dignidad misma sea firme é inviolable para vos y vuestros sucesores para siempre jamas. Ninguno, pues, de todos los hombres ose quebrantar ó contradecir de alguna manera esta bula de nuestra confirmacion y concesion con temeraria osadía. Y si alguno presumiere intentarlo, sepa que incurrirá en la indignacion de Dios Todopoderoso y de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo. Dada en Benevento por mano de Gerardo, notario de la santa Iglesia romana, á veinticuatro de Noviembre en la indiccion tercera, año de la Encarnacion del Señor de mil ciento setenta, del pontificado de Alejandro, papa tercero, año oncenno.»

Larga cosa sería referir en este propósito todo lo que se pudiera alegar. El papa Urbano III confirmó la misma autoridad de primado á D. Gonzalo, sucesor de D. Cerebruno. Á D. Gonzalo sucedió D. Pedro de Cardona. Á éste D. Martín; al cual Celestino III, por el parentesco y amistad que había entre él y nuestros reyes, al tiempo que fué legado y se llamaba el cardenal Jacinto Bobo, concedió que las dignidades de la iglesia de Toledo usasen de mitras como obispos mientras la misa se celebrase, y acrecentó aquel privilegio despues que fué elegido papa. Siguióse en la iglesia de Toledo D. Rodrigo Jimenez, varon de grande ánimo y singular doctrina, cosa en aquel tiempo semejable á milagro: trató en el concilio Lateranense primero delante de los cardenales y de Inocencio III la causa de su iglesia en este punto como orador elocuente, y venció á los demas metropolitanos de España, y porque el arzobispo de Braga pretendia no estarle sujeto, Honorio III le hizo legado suyo. Gregorio IX, sucesor de Honorio, revocó cierta ley que se promulgó en Tarragona contra la dignidad del arzobispo de Toledo, en que establecieran no usasen los tales arzobispos de las prerogativas de primado en aquella su provincia, en

especial no llevasen cruz delante. Á D. Rodrigo sucedió D. Juan, luego D. Gutierrez, y dos D. Sanchos, ambos de linaje real, casi el uno tras el otro. Despues de los dichos fué arzobispo D. Juan de Contreras en tiempo de Martino V, y se halló en el concilio Basileense. Item D. Juan de Cerezuela, hermano del maestro D. Alvaro de Luna, y sucesor de D. Juan de Contreras. Todos alcanzaron bulas de los papas en que confirmaban lo mismo; cuyas copias están guardadas con toda fidelidad en el archivo de la iglesia de Toledo, y recogidas en un libro de pergamino.

El tiempo adelante, por agraviarse D. Alonso de Cartagena, obispo de Búrgos, que el arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo llevase guion levantado en su obispado, que era señal de superioridad y de ser primado, D. Juan el Segundo, rey de Castilla, tomó aquel negocio por suyo, y por sus provisiones (en que da á Toledo título de ciudad imperial) determina y establece que se guarde el privilegio y autoridad que Toledo tenía sobre las otras ciudades de su señorío, por entender, como era verdad, que la autoridad del arzobispo de Toledo da mucho lustre á todo el reino y aun á toda España. Muchos otros arzobispos ántes y despues de D. Alonso Carrillo hicieron lo mismo, y por toda España llevaron siempre su cruz levantada. Entre éstos se cuentan los cardenales arzobispos D. Pedro Gonzalez de Mendoza, y fray Francisco Jimenez; que es argumento de la primacia que los arzobispos de Toledo han tenido despues que Toledo se recobró de los moros, puesto que nunca ha faltado quien contradiga y no quiera estarles sujeto. Al presente, fuera del nombre y asiento que se les da el primero, ninguna otra cosa ejercita sobre las otras provincias de España tocante á la primacia, por lo ménos ni para ellos se apela en los pleitos, ni castigan delitos, ni promulgan leyes fuera de la provincia que como á metropolitanos les está sujeta.

CAPÍTULO L

De las mujeres y hijos del rey D. Alonso.

Arriba queda dicho cómo el rey D. Alonso tuvo dos mujeres, doña Ines y doña Constanza, y que desta segunda hobo á su hija la infanta doña Urraca. Doña Constanza murió despues de ganado Toledo, y en el mismo tiempo su cuñada la infanta doña Elvira, hermana del rey, falleció: enterráronla en Leon con doña Urraca su hermana. Despues de doña Constanza casó D. Alonso con la hija de Benabet, rey moro de Sevilla, que se volvió cristiana, mudado el nombre de Zaida que tenía, en doña María: otros dicen se llamó doña Isabel. Deste casamiento nació D. Sancho; créese fuera un gran príncipe si se lograra, y que igualara la gloria de su padre, como lo mostraban las señales de virtud que daba en su tierna edad: parece que no quiso Dios gozase España de tan aventajadas partes. El rey adelante cuarta y quinta y sexta vez casó con doña Berta, traida de Toscana, con doña Isabel de Francia, y con doña Beatriz, que no se sabe de qué nacion fuese. De doña Isabel tuvo dos hijas, á doña Sancha, que fué mujer del conde D. Rodrigo, y doña Elvira, que casó con Rogerio, rey de Sicilia, hijo de Rogerio conde de Sicilia: della nació Rogerio, el hijo mayor, duque de Pulla, y Anfuso, príncipe de Capua, llamado así, á lo que se entiende, del nombre de su abuelo materno: item á Guillerm-

mo, que por muerte de sus hermanos fué rey de Sicilia, y á Constanza, que casó con el emperador Enrique VI: así lo refiere el abad Alejandro Celesino, que escribió la vida y los hechos del dicho rey Rogerio su contemporáneo, y Hugo Falcando.

Tuvo D. Alonso de una manceba llamada Jimena otras dos hijas, doña Elvira y doña Teresa: doña Elvira casó con Ramon, conde de Tolosa, que tuvo dos hijos en esta señora; éstos fueron Beltran y Alonso Jordan. Doña Teresa casó con Enrique de Lorena, cepa que fué y cabeza de do procedieron los reyes de Portugal. De otra concubina, cuyo nombre no se sabe, con quien el rey D. Alonso tuvo trato, no engendró hijo alguno. Á doña Urraca, la hija mayor, casó con Ramon ó Raimundo, hermano del conde de Borgoña, y de Guido, arzobispo de Viena, que fué adelante papa, y se llamó Calixto II. De Ramon y doña Urraca nació doña Sancha primero, y luego D. Alonso, el que por los muchos reinos que juntó, tuvo nombre de emperador.

Todo esto se ha recogido de gravísimos autores. Pero mejor será oír á Pelagio, obispo de Oviedo, cercano de aquellos tiempos, que concluye su historia de esta manera: «Este rey D. Alonso tuvo cinco mujeres legítimas: la



»primera Inés, la segunda Constanza, de la
»cual tuvo á la reina doña Urraca, mujer del
»conde Ramon; della tuvo el conde á doña
»Sancha y al rey D. Alonso; la tercera doña
»Berta, venida de Toscana; la cuarta doña Isa-
»bel: desta tuvo á doña Sancha, mujer del con-
»de D. Rodrigo, y á Geloira, que casó con Ro-
»gerio, duque de Sicilia; la quinta se llamó
»doña Beatriz, la cual, muerto el marido, se
»volvió á su patria. Tuvo dos mancebas muy
»nobles: la primera Jimena Muñon, de quien
»nació doña Geloira, mujer del conde de To-
»losa Ramon, que tuvo por hijo á Alonso Jor-
»dan. En la misma Jimena hobo el rey don
»Alonso á doña Teresa, mujer que fué del con-
»de D. Enrique, y deste matrimonio nacieron
»Urraca, y Geloira y Alonso. La otra concubina

»se llamó Zayda, hija de Benabet, rey de Se-
»villa, que se bautizó y se llamó Isabel, y de-
»lla nació D. Sancho, que murió en la batalla
»de Uclés.»

Todo lo susodicho es de Pelagio. Estas fue-
ron las mujeres del rey D. Alonso, éstos sus
hijos. Príncipe más venturoso en la guerra que
en tiempo de la paz y en sucesion, no ménos
admirable en las borrascas que cuando soplabá
el viento favorable y todo se le hacia á su vo-
luntad. Bien es verdad que la fortuna ó fuerza
más alta, conforme á sus ordinarias mudanzas
y vueltas, en lo de adelante se le mostró con-
traria, y acarreo así á él como á sus reinos
gran muchedumbre de trabajos y reveses, se-
gun por lo que se sigue se podrá claramente
entender.

CAPÍTULO LI

De nuevas guerras que hobo en España y en la Suria.

Los reinos de Levante y de Poniente casi
en un mismo tiempo se alteraron con nuevas
asonadas y tempestades de guerras. De las ex-
trañas se dirá luégo: las de España, sucedieron
con esta ocasion. Los almoravides, gente ma-
hometana, habiendo sobrepujado á los alaveci-
nos que hasta este tiempo tuvieron el imperio
de África, fundaron primeramente su imperio
en aquella parte de la Mauritania que al Estre-
cho de Gibraltar se tiende por las riberas del
uno y del otro mar, es á saber: del Mediterrá-
neo y del Océano: despues en gran parte de
España se metieron y derramaron, á manera de
raudal arrebatado y espantoso. La ocasion de
pasar en España, fué ésta. El rey D. Alonso
tenía por mujer una hija del rey moro de Se-
villa, como poço há queda dicho. Entró aquel
rey en esperanza de apoderarse de todo lo que
su gente en España tenía, si fuese de África
ayudado con nuevas gentes y fuerzas: pidió á
su yerno, por lo que al parentesco debía, le
ayudase con sus cartas para llamar á Juzeph
Tephin, rey de los almoravides, poderoso en
fuerzas y gentes, y espantoso por la perpétua
prosperidad que habia tenido en sus cosas, y con-
vidarle á pasar en España. Pretendia, á riesgo
ajeno y con su trabajo, conforme á la ambi-
cion que le aguijaba, ensanchar él su señorío:

tal era su pensamiento y sus trazas. Escribió
D. Alonso las cartas que le pidió, por estar con
la edad aficionado y sujeto á su mujer: conse-
jo errado, perjudicial, y que á ninguno fué
más dañoso que al mismo que lo inventaba.

Á Juzeph no le parecia dejar aquella oca-
sion de volver las armas contra España: con-
sideraba que de pequeños principios suelen re-
sultar cosas muy grandes; que la guerra se
podia comenzar en nombre de otro y con su
infamia, y acabarse en su pro. Él mismo no
quiso ó no pudo venir por entónces; envió em-
pero á Hali Abenaja, capitán de gran nombre,
esclarecido por su esfuerzo y hazañas, hombre
de consejo, astuto, atrevido para comenzar, y
constante para llevar al cabo y concluir prós-
peramente sus intentos; dióle un buen ejército
que le acompañase. Con estas gentes, como le
era mandado, se juntó con el rey de Sevilla:
no duró mucho la amistad, ni es muy seguro
el poder cuando es demasiado. Por ligera oca-
sion, y de repente, se levantó diferencia y de-
bate entre las dos naciones y caudillos moros:
pasaron á las armas y á las manos; pelearon
moros con moros; los españoles no eran igua-
les á los africanos, por estar debilitados con el
largo ocio y con el cebo de los deleites. El rey
de Sevilla, suegro de D. Alonso, fué vencido y



muerto en batalla, con tanta menor compasión y pena de los suyos, y menor odio de su enemigo, que se entendía de secreto favorecía á nuestra religion, y era cristiano. Llamábase el que le mató, Abdalla. Con su muerte, sin dilación, todo su estado quedó por los vencedores.

Fué esto el año de los moros cuatrocientos ochenta y cuatro, como lo dice D. Rodrigo en la *Historia de los Arabes*, que se contaba de Cristo el de mil noventa y uno. Todas las gentes y ciudades de los moros que quedaban en España, movidos de nuevas esperanzas ó de miedo, se pusieron debajo de su mando, algunas por fuerza, las más de grado, por entender que las cosas de los moros, que estaban para caer, podrían sustentarse y mejorarse con el esfuerzo y ayuda de Hali. Ninguna fe hay en los bárbaros, en especial si tienen armas y fuerzas. Así el capitán africano, confiado en las fuerzas de un señorío tan grande como era el de los moros de España, quiso más ser señor en su nombre, y alzarse con todo, que gobernar en el del otro y como teniente. Tenía ganadas las voluntades de la gente; y si algunos sentían lo contrario, guardaban secreto el odio, y en público le adulaban; que tal es la condición de los hombres. Con esto, llamóse Miramolin de España, nombre entre los moros y apellido de autoridad real. Demas desto, los reyes moros, que por toda España eran tributarios del rey D. Alonso, confiados en el nuevo rey, como quitada la servidumbre y la máscara, y despertados con la esperanza que se les presentaba de la libertad, no querían pagar las pías como acostumbraban cada un año. Este era el estado de las cosas de España.

En la Suria, por el esfuerzo de los cristianos, se comenzó la guerra sagrada, famosísima por la gloria y grandeza de las cosas que sucedieron, y por la conspiración de todas las naciones de Europa contra los muy belicosos reyes y emperadores del Oriente. Jerusalem, ciudad famosa por su antigua nobleza, y muy santa por el nacimiento, vida y muerte de Cristo, Hijo de Dios, estaba en poder de gente bárbara, fiera y cruel; padecía por esta causa una servidumbre de cada día más grave. Un hombre llamado Pedro, de noble linaje, natu-

ral de Amiens, en Francia, y que en su menor edad con el ejercicio de las armas había endurecido el cuerpo, llegado á edad de varón, por desprecio de las cosas humanas, pasaba su vida en el yermo. Éste fué por su devoción á Jerusalem para visitar aquellos lugares, y asegurado entre los bárbaros por su pobreza, mal vestido, su rostro contentible y pequeña estatura, tuvo lugar de mirallo todo y calar los secretos de la tierra: consideró cuán atroces y cuán crueles trabajos los nuestros en aquellas partes padecían. Era en aquella sazón obispo de Jerusalem, Simón: trataron el negocio entre los dos, y con cartas que le dió para el sumo pontífice, y amplísima comisión, dió la vuelta para Europa.

El papa Urbano, oíó que hobo á Pedro, y leído las cartas del patriarca, afligióse gravemente. Abrasábale la afrenta de la religion cristiana; que aquella tierra en que quedaron impresas las pisadas del Hijo de Dios, origen de la religion, y en otro tiempo albergó de la santidad, estuviese yerma de moradores, falta de sacerdotes y de todo lo al. Que los bárbaros no sólo contra los hombres, sino contra la santidad de los lugares sagrados, hiciesen la guerra con odio perpétuo y gravísimo de la cristiana religion, sin que nadie les fuese á la mano. Esta mengua le aquejaba, y le parecía intolerable. Los emperadores griegos, que debieran ayudar por caerles esto más cerca, y por el miedo y peligro que corrían á causa de los turcos que los tenían á las puertas, gente bárbara y cruel, con el cuidado de sus cosas y otros embarazos poco se curaban de las ajenas y comunes. Los reinos de Occidente por estar léjos, sin sospecha y sin recelo, no hacían caso del daño comun, y de ninguna cosa ménos cuidaban que de la injuria y afrenta de la religion y del cristianismo.

El pontífice Urbano, aunque congojado con estos cuidados y dificultades, en ninguna manera se desanimó: determinóse intentar una cosa dificultosa en la apariencia: pero en efecto saludable. Convocó á los señores y prelados de todo el Occidente para hacer concilio y tratar en él lo que á la religion y á la cristiandad tocaba. Dende como con trompeta pensaba tocar



al arma, despertar y inflamar los ánimos de todos los cristianos á la guerra sagrada, confiado en que á tan buena empresa no faltaría el ayuda de Dios. Señaló para el concilio á Claramonte, ciudad principal en Alvernia y en Francia. Entre tanto que estas cosas se movían en Italia y en Francia, y con embajadas que el pontífice enviaba á todas las naciones, las convidaba para juntar sus fuerzas, ayudar á la querrela comun con consejo y con lo demas, y que con el aparato desta guerra ardían las demas provincias; en España las cosas de los cristianos empeoraban, y parece andaban cercanas á la caída por la venida y armas de los almoravides. Nunca ni con mayor ímpetu se hizo la guerra, ni con mayor peligro de España.

Ensoberbecida aquella gente fiera y bárbara con el progreso de las victorias y próspero suceso de sus empresas, y con el imperio que se les juntara, fortificados y arraigados en España, volvieron contra los nuestros las armas. Entran por el reino de Toledo: meten á fuego y á sangre toda aquella comarca, robando y saqueando todo lo que se les ponía delante: en particular se apoderaron de las ciudades y pueblos que en aquella parte y en los celtiberos había dado á Zaida su padre en dote; es á saber: Cuenca, Uclés, Huete. Envió el rey don Alonso á hacer rostro á los moros dos condes, que fueron D. García, su cuñado, casado con su hermana, y D. Rodrigo, con un buen ejército que les dió. Vinieron á las manos con los moros; fueron los nuestros vencidos y desbaratados cerca de un pueblo llamado Roda, que se entiende llama Plinio Virgao, puesto entre el río Guadalquivir y el Mar Océano. El rey don Alonso, movido de tantos daños, y por el recelo del peligro mayor que amenazaba, entendió finalmente el grave hierro que hizo en llamar á los moros. Acudió con nueva diligencia á reparar el mal pasado y los males: hizo en todo su reino levantar mucha gente, y juntados socorros de todas partes, formar un grueso ejército. Muchos de su voluntad vinieron de las provincias comarcanas á ayudar, movidos por el peligro que las cosas de los cristianos corrían.

Cerca de Cazalla, pueblo que cae no léjos de Badajoz, se dió de nuevo la batalla de poder á

poder: los cristianos quedaron asimismo vencidos (grande lástima y mengua), y muchos de ellos muertos en el campo. Sin embargo, don Alonso no perdió en manera alguna el ánimo, como el que ni por las cosas prósperas se ensoberbecía, ni por las adversas se espantaba. Con gran presteza se rehizo de fuerzas, y con nuevos socorros aumentado su ejército, rompió y entró por fuerza hasta Córdoba, hizo estragos de hombres y ganados, sin perdonar á los edificios ni á los campos. El tirano, desconfiado de sus fuerzas por habersele desbandado el ejército que tenía, fortificóse dentro de Córdoba, ciudad grande y muy fuerte: sólo hubo algunas escaramuzas y rebates. Aconteció que Abdalla de noche, con número de soldados, hizo contra los nuestros una encamisada; mas los moros fueron rechazados y muertos, preso el capitán, y el día siguiente, en presencia de los moros, que desde los adarves miraban lo que pasaba, fué hecho pedazos y quemado vivo, y con él otros sus compañeros: castigo cruel, pero la desgracia de su suegro Benabet y la pena que della el rey tomó, excusa y alivia aquella crueldad, y aún hizo que fuese la alegría de la victoria más colmada. El moro Hali, cansado del largo cerco, se rindió presto á todo lo que le fuese mandado. De presente le condenaron en gran suma de dinero, y que para adelante en cada un año pagase cierto tributo y pías. Con esto le dejaron lo que le tomáran, como á feudatario de los reyes de Castilla. Principio muy honroso para el rey D. Alonso, y muy saludable para la provincia, por entenderse con tanto que las armas y fuerzas de aquellos bárbaros podían ser vencidas, domados sus bríos.

Ordenadas las cosas de Andalucía, la guerra revolió contra la Celtiberia y parte de Aragon. Cercaron á Zaragoza, y con grandes ingenios la combatieron. Los ciudadanos no rehusaban de pagar cada año algunas pías, á tal empero que el rey los recibiese debajo de su amparo, y que luégo, sin hacer daño, se partiese de aquella comarca. Era honroso este asiento para el rey, mas para no alzar el cerco prevaleció el deseo y esperanza de apoderarse de aquella ciudad, dado que por pretender cosas grandes y no contentarse con lo razonable



se perdió lo uno y lo otro. Porque Juzeph, apercebido del nuevo ejército de almoravides, dinero, infantería, caballería y de todo lo al para la guerra necesario, de África pasó á España espantoso y feroz, con intento de reprimir los deseos de Hali y castigar su deslealtad, y de camino rebatir las fuerzas de los cristianos. Su venida se supo en un mismo tiempo en la ciudad y en los reales: á los moros, con esperanza de mejor fortuna, puso ánimo; al rey D. Alonso forzó, por miedo del peligro y de mayor mal, alzado el cerco, volver atrás. Las armas de Juzeph procedían prósperamente, porque de primera llegada se apoderó de Sevilla, do el tirano Hali estaba, al cual cortó la cabeza; tras esto luégo Córdoba se le rindió. Á ejemplo destas dos ciudades, todas las demas del Andalucía, y aún todas las que en España restaban en poder de moros, en breve se pusieron debajo su obediencia, y tomaron su voz, unas de voluntad, otras por fuerza. Algunas asimismo, confiadas en el esfuerzo y prosperidad del nuevo rey, sacudían de sí el yugo del imperio cristiano, y no querían hacer los homenajes acostumbrados.

No parecía el rey D. Alonso debía disimular aquellos desaguisados, ni descuidarse en el peligro que amenazaba, por juntarse de nuevo á cabo de tanto tiempo las fuerzas de los moros de África con las de los de España en perjuicio de los cristianos. Acordó, pues, ganar por la mano y dalles guerra con todas sus fuerzas. Mandó hacer todos los apercebimientos necesarios; juntar armas, caballos, vituallas, dineros; acudir á la guerra, no sólo los legos, sino los eclesiásticos; alistar soldados nuevos y viejos; procurar socorros de fuera. Muchos extranjeros, movidos por el peligro de España, y encendidos en deseo de ayudar en aquella guerra, de su voluntad vinieron, en especial de Francia; entre éstos, Raimundo ó Ramon, hermano del conde de Borgoña, y su deudo Enrique, el cual, dado que era natural de Besanzon, ciudad antiguamente la mayor de los sequanos, en Borgoña, de donde le llamaron Enrique de Besanzon ó Besontino, pero era de la casa y linaje de Lorena, y adelante fundó la gente y reino de

Portugal. Vino asimismo otro pariente de Enrique, llamado Raimundo, conde de Tolosa y de San Egidio. Seguía á estos señores buen golpe de gente francesa; soldados valientes, de grande é increíble prontitud para acometer la guerra. Acudió además destes don Sancho, rey de Aragon, el cual, bien que era de grande edad, tenía brío y ánimo de mozo, y muy aventajada destreza, adquirida con el continuo uso de las guerras que hizo contra los moros.

De todas estas gentes se juntó y formó un ejército muy lucido y grande, tanto que no dudaron acometer las fronteras de los enemigos; entraron adentro en el Andalucía, hicieron estragos, sacos y robos en todos los lugares. No se descuidaron los moros de hacer sus diligencias. Cerca de un lugar llamado Alagueto, se juntaron los reales y se dieron vista los unos á los otros. Juzeph, por no ser igual en fuerzas, como caudillo recatado y prudente, excusó la batalla; su partida fué semejante á huida, lo que dió á entender la prisa en el retirarse y desamparar gran parte del fardaje.

Pareció al rey D. Alonso que con la huida del moro se debía contentar y no aventurar la reputacion que con esto se ganára, además que su ejército, como compuesto de tantas gentes diferentes en lenguas, costumbres y leyes, no se podia entretener largo tiempo. Acordó dar la vuelta á la patria con sus soldados cargados de despojos y alegres por el buen principio. Las armas de los almoravides, despues desta afrenta y desman sosegaron por algun tiempo, demas que á Juzeph fué forzoso acudir á África y ocuparse en asentar el estado de su nuevo reino.

El rey D. Alonso no se descuidaba en el entretanto de aparejarse, por tener entendido que muy presto volvería la guerra con mayor fuerza que ántes. Determinó hacer nuevas alianzas, y ganar con esto y obligarse las voluntades de los príncipes extraños; en particular con aquellos tres señores que vinieron de Francia, para más prendallos, y en premio de la ayuda que le dieron y de sus servicios, casó otras tantas hijas suyas. Con Ramon, conde de Tolosa, casó doña Elvira; con Enrique de Lo-



rena doña Teresa, ambas habidas fuera de matrimonio, como arriba se ha dicho, pero criadas con regalo y con aparato real, y con esperanza de gran estado. Á Ramon el de Borgoña dió por mujer á doña Urraca, su legítima hija; deste príncipe se dice que reedificó y pobló la ciudad de Salamanca, por mandado del rey su suegro. Demas desto, con el conde D. Rodrigo casó doña Sancha, hija del rey y de doña Isabel su mujer; deste dicen que descenden los Girones, señores de grande y antigua nobleza en España. Á D. Enrique señaló en dote todo lo que en Portugal tenía ganado de los moros, con título de conde, y con condicion que fuese vasallo de los reyes de Castilla y viniese á las córtes del reino y á la guerra con sus armas y gentes todas las veces que fuese avisado.

Estos fueron los principios y las zanjas de aquel nuevo reino de Portugal, apellido que tomó poco adelante deste tiempo y le conservó por más de cuatrocientos años, en que tuvo reyes propios, descendientes deste príncipe y

primer fundador suyo. Á D. Ramon de Borgoña dió el gobierno de Galicia con título de conde, nombre de que solían usar los gobernadores de las provincias, y en dote la esperanza de suceder en el reino si faltase acaso el infante D. Sancho, hijo del rey. Al conde de Tolosa dieron en dote muchas preseas y joyas, gran cantidad de oro y de plata, ningun estado en España por tratar de volverse á Francia, do poseía grandes tierras y gran ditado. Puédese sospechar que la misma Tolosa se le dió en dote como sujeta á estos reyes, segun de suso dos veces queda apuntado. Quién dice que por las armas de D. Alonso, el año mil y noventa y tres, se ganó la ciudad de Lisbona. Si fué así ó de otra manera, no lo sabría determinar. Á la verdad no pocas veces aquella ciudad se ganó y se perdió como prevalecían las armas, ya de moros, ya de cristianos, y últimamente se ganó de los moros pocos años adelante, desde el cual tiempo permaneció perpétuamente en la posesion y señorío de los cristianos.